

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La Linterna de Calabaza del Tío Wiggily

—Creo que hoy tengo que seguir viajando —dijo el Tío Wiggily, el simpático y viejo conejo, una mañana radiante en la que había salido al granero de los Colapeluda para ver si había alguna astilla clavada en los neumáticos de goma de su automóvil—. Llevo bastante tiempo aquí, niños, y quiero visitar a algunos de mis otros amigos —añadió.

—Oh, por favor, ¡no se te ocurra irte! —suplicó Johnnie Colapeluda, el niño ardilla.

—Por favor, ¿no puedes quedarte un poco más? —preguntó Billie, su hermano—. Johnnie y yo vamos a hacer linternas de calabaza esta noche, con la calabaza que nos diste. Puedes ayudarnos si quieres.

—Oh, eso estará bien —dijo el Tío Wiggily—. Supongo que debo quedarme otra noche. Pero después tendré que seguir viajando, porque tengo muchos amigos que visitar; hoy mismo recibí una carta de Jimmie Tembloroso, el niño pato, preguntándome cuándo iba a ir a verlo.

—Bueno, no importa eso. Pongámonos a hacer linternas de calabaza ahora y no esperemos hasta la noche —sugirió Johnnie—. Haremos tres linternas: una para el Tío Wiggily y una para cada uno de nosotros.

Así que se sentaron en los bancos del patio trasero, donde las semillas de calabaza no harían ningún daño, y

empezaron a hacer las linternas. Y así es como se hace. Primero se hace un pequeño agujero redondo en la parte superior de la calabaza, donde está el tallo. Y luego sacas el interior blando donde están todas las semillas; puedes guardar las semillas para hacer crecer más calabazas el año que viene, si quieres.

Después, una vez limpio el interior, de modo que la cáscara quede bastante fina, se hacen los agujeros para los dos ojos, la nariz y la boca, y si se sabe hacer, se pueden cortar dientes de mentira en la boca de la linterna de calabaza. Si no saben hacerlo ustedes mismos, tal vez alguno de los grandes los ayude.

Así fue como los niños ardilla y el Tío Wiggily hicieron sus linternas y, cuando terminaron, pusieron una vela encendida dentro y dijeron:

—¡Madre mía! —parecía una persona de verdad sonriéndote; sólo que, por supuesto, no lo era.

—¡Qué bien la vamos a pasar esta noche! — exclamó Johnnie mientras terminaba su linterna.

—¡Claro que sí! —dijo Billie, bailando una cancioncita.

—¿Qué vas a hacer con tu linterna, Tío Wiggily? — preguntó Johnnie.



—Oh, no lo sé —respondió el viejo señor conejo—. Puede que la lleve conmigo en mis viajes.

Bueno, después de hacer las tres linternas, aún quedaba mucho tiempo antes de que oscureciera, así que el Tío Wiggily y los niños hicieron más linternas. Y llegaron Lulú, Alicia y Jimmie Temblorosos, los niños pato, y como no tenían linternas de calabaza propias, Johnnie le dio una a Lulú, Billie a Alicia, y el Tío Wiggily a Jimmie, ¡y mira que estaban contentos los niños pato! Merecía la pena cruzar la calle sólo para ver sus caras sonrientes. Pues bien, muy pronto, al cabo de un rato no muy largo, llegó la hora de cenar, y había pastel de calabaza, bocadillos de zanahoria y ensalada de lechuga, y cosas por el estilo para el Tío Wiggily, y pastel, caramelos y bocadillos de nueces para las ardillas.

El Tío Wiggily estaba doblando la servilleta y se levantaba de la silla para ir al salón a leer el periódico con el señor Colapeluda, cuando, de repente, llamaron a la puerta principal.

—¡Madre mía! Me pregunto quién será —exclamó la Sra. Colapeluda.

—Iré a ver —dijo su marido, y cuando fue a la puerta estaba la amable Sra. Sapo Salto en la alfombra, limpiándose los pies.

—Oh, ¿está aquí el Tío Wiggily Orejaslargas? —preguntó la Sra. Sapo—. Si está, dile que vuelva enseguida a la casa de los conejos, porque Sammie Colita está muy enfermo y no consiguen que se duerma, y la enfermera cree que si oyera uno de los cuentos del Tío Wiggily cerraría los ojos y descansaría.

—Iré enseguida —dijo el Tío Wiggily, pues también había ido a la puerta principal y había oído lo que había dicho la Sra. Sapo Salto—. Espera a que me ponga el sombrero y el abrigo, arrancaré el coche e iré a ver a Sammie —dijo el señor conejo.

—No esperaré —dijo la Sra. Sapo—. Me adelantaré y les diré que vienes. De todos modos, me pone los pelos de punta ir en automóvil.

Así que se adelantó, y el Tío Wiggily no tardó en ponerse en marcha en su automóvil. Justo cuando se ponía en marcha, Billie Colapeluda gritó:

—Oh, Tío Wiggily, llévate una linterna de calabaza y quizás a Sammie le guste.

Así que el viejo conejo subió al asiento una de las linternas de calabaza y se puso en marcha. Y entonces, de repente, mientras iba en su automóvil por un lugar oscuro del bosque, el viento apagó todas sus linternas, es decir, todas las lámparas de aceite del automóvil, e inmediatamente después un perro policía gritó:

—Oiga, Sr. Orejaslargas, no puede ir en automóvil sin luz, ¿sabe? Va contra la ley.

—Lo sé —dijo el Tío Wiggily—. Encenderé las lámparas enseguida —pero cuando intentó hacerlo, se dio cuenta de que ya no había aceite en ellas.

—Oh, ¿qué voy a hacer? —se lamentó—. Tengo prisa por ir a ver a Sammie Colita, que está enferma, pero no puedo ir a oscuras. Ya lo tengo. ¡La linterna de calabaza! Voy a encender la vela en eso y seguir adelante. ¿Le parece bien, Sr. Policía?

—Claro que sí —dijo el perro policía, balanceando su garrote y deseando estar en casa en la cama.

Así que el Tío Wiggily encendió la linterna de calabaza y se puso muy brillante, y pronto el viejo señor conejo se puso de nuevo en marcha a toda velocidad. Y, de repente, de entre los arbustos saltó un zorro ladrón.

—¡Espera ahí! —le gritó al Tío Wiggily—. Quiero todo tu dinero.

Y justo entonces vio la gran linterna de calabaza, con sus ojos fijos y su gran boca y sus afilados dientes, mirándolo desde el asiento del coche, y el zorro se asustó tanto, pensando que era un gigante que iba a atraparlo, que huyó por el bosque aullando, y no volvió a molestar al Tío Wiggily ni un poquito más aquella noche. Entonces el viejo conejo condujo su coche hacia la casa de Sammie, y pronto llegó allí, le contó una divertida historia y le regaló la linterna de calabaza; y el niño conejo se durmió pronto, y por la mañana estaba mejor.